

# MUJERES E INDUSTRIA EDITORIAL EN COSTA RICA

Iván Molina Jiménez

**Poco** es lo que se conoce sobre la inserción femenina en la industria editorial costarricense, un tema sobre el cual apenas empiezan a realizarse estudios en América Latina.<sup>1</sup> De acuerdo con la información disponible, la primera mujer en ocupar un lugar prominente en tal actividad fue la inmigrante catalana María Canalías Xaus (1860-1932). A la muerte de su marido, el tipógrafo Vicente Lines Borrás (1853-1897) asumió la administración de la Librería Española, empresa que su difunto cónyuge abrió en la ciudad de San José después de arribar a Costa Rica en febrero de 1884.<sup>2</sup> Canalías fue también la primera mujer en haber dirigido un periódico: *El Anunciador Costarricense*, fundado por su esposo en agosto de 1887 para promover su establecimiento<sup>3</sup> y desempeñarse en labores editoriales, al recibir manuscritos para considerar su publicación.<sup>4</sup>

De manera casi simultánea con el ascenso empresarial de Canalías, las mujeres empezaron a involucrarse en la actividad tipográfica. El primer caso que se conoce es el de Clotilde Cubero Rodríguez (1882-1959), quien laboraba en la pequeña imprenta de su padre, Jesús Cubero Montoya, ubicada en la ciudad de Cartago. No es claro si la hija colaboraba en la administración del taller o sólo participaba en condición de obrera quizá no remunerada, aunque es probable que compartiera ambas responsabilidades con su progenitor. Tampoco es posible precisar cuándo la joven se incorporó al negocio familiar, pero es probable que lo hiciera en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX.<sup>5</sup>

La participación femenina en la actividad tipográfica comenzó a extenderse a partir de 1903, una vez que el impresor colombiano asentado en San José, Alfredo Greñas (1857-1949), empezó a contratar obreras para que laboraran en su empresa. Tal iniciativa, que se justificó en términos de mejorar la condición de las mujeres, realmente

fue motivada porque los salarios de estas últimas eran significativamente inferiores a los de los varones. Por esta razón, la innovación de Greñas originó una fuerte oposición masculina; sin embargo, fue insuficiente para revertir el proceso,<sup>6</sup> que se consolidó en lo inmediato. En 1908 y con apoyo estatal, abrió sus puertas la Escuela de Tipografía de Mujeres, que estuvo activa por cuatro años; con un plan de estudios de tres semestres, alcanzó una matrícula máxima de treinta alumnas.<sup>7</sup>

En contraste con la formación de una fuerza laboral femenina en la industria tipográfica, en el período 1903-1914 sólo de modo excepcional las mujeres incursionaron en la publicación de libros y folletos. Su escasa participación se explica sobre todo por la ausencia de editoriales, lo que suponía costear por cuenta propia la impresión de los manuscritos o conseguir —con el Estado o con parientes, amistades o benefactores— el financiamiento respectivo, opciones por entonces predominantemente masculinas.<sup>8</sup> De las 584 obras que circularon en esos años, sólo ocho (1,4 por ciento) fueron escritas por mujeres: dos ediciones de un manual de cocina, cuatro novelas (dos en un mismo volumen), un libro de texto para enseñanza primaria y una recopilación de relatos infantiles de Cecilia Böhl de Faber (Fernán Caballero).<sup>9</sup>

Si se exceptúa este último caso, las restantes obras fueron escritas por tres costarricenses (María Fernández Le Capellain, Juana Ramírez de Aragón y María Joaquina Trejos González), una puertorriqueña o dominicana residente en San José (Julieta Puente de McGrigor) y una inmigrante española (Juana Fernández Ferraz). Salvo Trejos, una maestra de la ciudad de Heredia,<sup>10</sup> las demás pertenecían a familias acomodadas urbanas vecindadas en San José, con importantes vínculos políticos e intelectuales. Aunque se desconoce cómo financiaron la publicación de sus manuscritos —seguramente con recursos familiares—, a diferencia de las novelas, el

<sup>1</sup> Ivana Mihal, Ana Elisa Ribeiro y Daniela Szpilbarg, “Introducción: ‘Editoras y autorías: las mujeres en el mundo editorial latinoamericano’”, en *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*, No. 107, Buenos Aires, 2020-2021, pp. 11-17.

<sup>2</sup> Vicente Lines Borrás, *El Anunciador Costarricense*, 1 de abril de 1897, p. 2.

<sup>3</sup> Vicente Lines Borrás, “El Anunciador Costa-Ricense”, en *El Anunciador Costarricense*, 16 de agosto de 1887, p. 1.

<sup>4</sup> Fernando Herrera Villalobos, *García Monge: plenitud del escritor*, San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1999, pp. 29-30.

<sup>5</sup> Eugenia Rodríguez Sáenz, “Ángeles en las imprentas. Las tipógrafas josefinas y la redefinición de los roles de género (1900-1930)”, en *Montalbán*, No. 34, Caracas, 2001, p. 255.

<sup>6</sup> *Ibidem*, pp. 255-257.

<sup>7</sup> Marcia Apuy Medrano, “Desarrollo de la educación femenina en Costa Rica (1889-1949)”, en Elías Zeledón Cartín, ed., *Surcos de lucha. Libro biográfico, histórico y gráfico de la mujer costarricense*, Heredia, Instituto de Estudios de la Mujer, 1997, p. 285.

<sup>8</sup> Iván Molina Jiménez, *Moradas y discursos. Cultura y política en la Costa Rica de los siglos XIX y XX*, Heredia, Editorial Universidad Nacional, 2010, pp. 73-106.

<sup>9</sup> Luis Dobles Segreda, *Índice bibliográfico de Costa Rica, tomos I-IX*, San José, Lehmann, Imprenta Lehmann, 1927-1939; tomos X-XI, San José, Asociación Costarricense de Bibliotecarios, 1968.

<sup>10</sup> Pompilio Segura Chaves, *Mujeres heredianas que escribieron historia*, Heredia, Municipalidad de Heredia, 2016, pp. 76-77.

manual culinario y el libro de texto, elaborados por Ramírez y Trejos respectivamente, tenían un carácter comercial más definido, lo que explica que circularan varias ediciones de esas obras.

María Isabel Carvajal Castro (más conocida como Carmen Lyra) y Lilia González González, dos maestras, se sumaron a esa corriente de cambio al fundar en 1912 *San Selerín*, la primera revista creada por mujeres.<sup>11</sup> Además, Lyra fue parte del círculo de intelectuales anarquistas y socialistas de inicios del siglo XX que, entre otras iniciativas, abrió en el San José de 1914 la librería La Lectura Barata, dedicada a la difusión de literatura selecta. En ese establecimiento se desempeñó como algo más que una vendedora, pues asumió un papel activo en tratar de orientar el gusto de la clientela, al promover el consumo de novelas distintas de las que entonces eran populares: románticas, de aventuras o policiales.<sup>12</sup>

Finalizada la Primera Guerra Mundial (1914-1918), en Costa Rica, al igual que en otros países europeos y americanos, se ampliaron y diversificaron los círculos de intelectuales femeninas, un proceso asociado con el incremento de jóvenes graduadas de la enseñanza secundaria, el aumento en el número de educadoras que laboraban en escuelas y colegios y la formación de las primeras profesionales en Derecho y Medicina. Además, en el contexto de la única dictadura que experimentó el país en el siglo XX, la de Federico Tinoco Granados (1917-1919),<sup>13</sup> se produjo una politización de maestras y profesoras que culminó con la fundación de la Liga Feminista Costarricense en 1923, la cual se movilizó en contra de la discriminación salarial por razones de género y a favor de la aprobación del voto femenino (incorporado en la Constitución de 1949).<sup>14</sup> Además, tal organización fue la primera de su índole en incursionar en la actividad editorial, al publicar en 1939 un folleto de educación cívica.<sup>15</sup>

De esta forma, entre 1918 y 1949 se incrementó el número de mujeres que colaboraron con periódicos y revistas, de las que fundaron y dirigieron órganos de este tipo — algunos especializados en temas femeninos— y de las que financiaron por cuenta propia la publicación de sus libros y folletos.<sup>16</sup> Pese a que en ese período ocurrió una primera



María Isabel Carvajal Castro (Carmen Lyra)

expansión de editoriales en el sector privado y en 1946 se fundó la Editorial Universitaria, perteneciente a la estatal Universidad de Costa Rica, creada en 1940,<sup>17</sup> no hubo, salvo un caso, participación femenina en tal proceso. La excepción referida fue la Editorial Vanguardia, fundada en 1945 por el Partido Comunista y administrada parcialmente por Lyra y la también maestra Luisa González Gutiérrez.<sup>18</sup>

Tras la guerra civil de 1948, Costa Rica experimentó una transformación histórica fundamental, que se manifestó en la expansión del Estado, la ampliación y diversificación de los sectores medios, una urbanización creciente y el fortalecimiento del mercado interno. A la vez, a una economía agroexportadora basada en el café y el banano, se sumó una industrialización dominada por el capital extranjero, principalmente de origen estadounidense. Las políticas públicas socialdemócratas, que prevalecieron hasta 1978, fueron sustituidas a partir de ese año por reformas favorables al libre mercado (neoliberales), que predominaron de 1982 en adelante, luego de la profunda crisis económica de 1980.<sup>19</sup>

En el período 1950-1989, la expansión de la matrícula universitaria posibilitó que se ampliara el número de mujeres con estudios superiores. Sin embargo, su inserción en la industria del libro, que experimentó un crecimiento extraordinario en esos años, fue limitada. Con la fundación de la Editorial Costa Rica en 1959 —la principal empresa estatal de ese tipo y una de las más importantes del país—, se abrió el camino para que, a su primera Junta Directiva organizada en 1960, se incorporara una mujer: la maestra y escritora Lilia Ramos Valverde, en su juventud cercana a

<sup>11</sup> *San Selerín... Periódico para los Niños*, 1 de agosto de 1912, p. 1.

<sup>12</sup> Cristián Rodríguez Estrada, "In Memoriam. Paco Soler", en *Brecha*, No. 9, San José, 1957, pp. 6-7.

<sup>13</sup> Eduardo Oconitrillo García, *Los Tinoco*, San José, Editorial Costa Rica, 1980.

<sup>14</sup> Eugenia Rodríguez Sáenz, *Dotar de voto político a la mujer. ¿Por qué no se aprobó el sufragio femenino en Costa Rica hasta 1949?*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2003.

<sup>15</sup> Liga Feminista Costarricense, *Programa de educación cívica*, San José, Imprenta Borrás Hermanos, 1939.

<sup>16</sup> Eugenia Rodríguez Sáenz, *Los discursos sobre la familia y las relaciones de género en Costa Rica (1890-1930)*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2003, pp. 4-8; Marybel Soto Ramírez, "De ángel del hogar a obrera del pensamiento. Militancia de izquierda y prensa femenina. *Nosotras y Nuestra Voz*, 1949-1980", Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional, 2020.

<sup>17</sup> Iván Molina Jiménez, "De las imprentas a las editoriales. El caso de Costa Rica (1906-1989)", en *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, Vol. 22, No. 2, San José, 2021, pp. 1-27.

<sup>18</sup> "Esfuerzos editoriales del comité seccional", *Trabajo*, 25 de agosto de 1945, p. 2.

<sup>19</sup> Jorge Rovira Mas, *Estado y política económica en Costa Rica 1948-1970*, San José, Editorial Porvenir, 1982; Jorge Rovira Mas, *Costa Rica en los años '80*, San José, Editorial Porvenir, 1987.

los comunistas.<sup>20</sup> Tal innovación se consolidó en la década de 1970, a medida que las cuatro editoriales universitarias públicas que surgieron entonces empezaron a integrar académicas a sus consejos editoriales.

La Editorial Costa Rica también fue pionera en incentivar la especialización de las tareas editoriales, al cumplir Cecilia Trejos Callejas la función de editora desde inicios del decenio de 1970. Posteriormente, Trejos tuvo una responsabilidad similar en la Editorial Universitaria Centroamericana, que había iniciado labores en 1969.<sup>21</sup> Una vez que las editoriales académicas públicas empezaron a expandir su producción en la década de 1980, comenzaron a contratar mujeres para desempeñar labores vinculadas con la corrección de estilo, la diagramación, el control de calidad, la administración de bodegas e inventarios, el pago de derechos de autor y la promoción y comercialización de los libros.

Procesos similares ocurrieron en algunas de las principales editoriales privadas, pero en este sector la innovación más importante estuvo asociada con la Editorial Porvenir. Fundada en 1979 por el antropólogo William Reuben Soto y Victoria Eugenia París Chaverri, rápidamente se convirtió en una empresa líder en la publicación de textos de Derecho, cuyo éxito comercial permitió financiar una extensa colección de libros de Ciencias Sociales. Afín con la cultura de izquierda que desde mediados del siglo XX favoreció la inserción femenina en la actividad editorial, la dirección de esa casa editora estuvo a cargo de París, que se convirtió en la primera mujer en desempeñar un puesto de ese tipo por casi dos décadas. Una experiencia similar fue la del ingeniero Carlos Manuel Fonseca Quesada y la de la escritora y académica Helena Ospina Garcés: en 1982 fundaron la Editorial Promesa, vinculada con el Opus Dei, la cual fue dirigida por Ospina.<sup>22</sup>

Creada en 1974 y adscrita al Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, la Oficina de Programas para la Mujer y la Familia se transformó en 1986 en el Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia, que fue la base del Instituto Nacional de las Mujeres, establecido en 1998. De modo paralelo, en las dos últimas décadas del siglo XX, a medida que las mujeres ampliaban sus espacios en puestos de decisión como ministras, magistradas, diputadas y regidoras, surgieron diversas corrientes feministas. Su movilización fue estratégica para establecer unidades de investigación y programas de

posgrado especializados en el estudio de las mujeres en las universidades públicas, e impulsar la aprobación de legislación para combatir las desigualdades de género y la violencia doméstica.<sup>23</sup> Fue en este contexto de empoderamiento femenino y de formación de una institucionalidad específica que se abrió un espacio para que, de 1990 en adelante, las mujeres consolidaran liderazgos, al asumir en el sector privado la dirección de casas editoras o de empresas dedicadas a actividades de impresión. Además, en las editoriales públicas algunas académicas y profesionales asumieron puestos de mando, como fue el caso de Dora Cerdas Bokhan y de Marybel Soto Ramírez en la Editorial Universidad Nacional, de Ana Ruth Vilchez Rodríguez en la Editorial Tecnológica, de María Eugenia Bozzoli Vargas en la Editorial Universidad Estatal a Distancia, y de María Isabel Brenes Alvarado en la Gerencia General de la Editorial Costa Rica.

De la inserción en empresas e instituciones ya existentes, las mujeres pronto pasaron a crear sus propias editoriales. La primera iniciativa de esta índole partió de Linda Berrón Sañudo, que inauguró la Editorial Mujeres en 1991. Rápidamente fue seguida por Teresita Aguilar Mirambell, que creó la Editorial Mirambell en 1994; y por Marcela Alán Berrios, que estableció la Editorial Izcandé en 1997. Pese a que inició con mucho ímpetu, este proceso perdió fuerza al comenzar el siglo XXI, pues en el período 2000-2009 sólo dos nuevas casas editoras lideradas por mujeres abrieron sus puertas: Montemira, de Alicia Miranda Hevia, en 2005; y La Jirafa y Yo, de Anne Laarman Lambert, en 2008.

En el quinquenio 2010-2014, caracterizado por una expansión de la inversión pública, las mujeres fundaron tres nuevas editoriales: en 2010, Si Productores-ING Consultores de Irene Solera Aguilar; y en 2012, Club de Libros de Evelyn Ugalde Barrantes y Editorial Eva de las hermanas Elisa y Sara Elena Argueta Ruiz. La tendencia se profundizó en el período 2015-2019, cuando se establecieron siete nuevas casas editoras: Letra Maya (2016) y Entreenas (2019) de Emilia Fallas Solera, Estucurú (2017) de Monthia Sancho Cubero, Proyecto Citrino (2018) de Patricia Araya Jiménez, la Editorial de la Asociación Costarricense de Escritoras (2018), la Editorial BlaBlá Maracuyá de Laura Casasa Núñez (2019) y Ediciones Blinchy (2019) de Bleina [Vilma] Faingezicht Waisveder.

Las difíciles condiciones que experimentó el país en 2020, debido al doble impacto de la regresiva reforma fiscal de

<sup>20</sup> David Chavarría Camacho, *Historia de la Editorial Costa Rica (1959-2016)*, San José, Editorial Costa Rica, p. 100.

<sup>21</sup> Aurelia Dobles Trejos, comunicación personal, 29 de octubre 2021.

<sup>22</sup> Excepto que se indique lo contrario, a partir de aquí los datos proceden de WorldCat, el Sistema de Bibliotecas, Información y Documentación de la Universidad de Costa Rica, la Agencia ISBN de la Biblioteca Nacional de Costa Rica, la Cámara Costarricense del Libro, el Tribunal Supremo de Elecciones, las páginas web y en Facebook de las editoriales analizadas e información aportada por las escritoras Anacristina Rossi Lara, Laura Zúñiga Hernández y Linda Berrón Sañudo.

<sup>23</sup> Lorena Camacho de la O y Lorena Flores Salazar, "Un movimiento de mujeres en desarrollo", en Ana Leticia Aguilar Theissen et al., *Movimiento de mujeres en Centroamérica*, Managua, Programa Regional La Corriente, 1997, pp. 451-506; Eugenia Rodríguez Sáenz, "Mujeres de la independencia: condiciones de vida, luchas y derechos", en Iván Molina Jiménez, ed., *Costa Rica (1821-2021) de la independencia a su bicentenario*, Cartago, Editoriales Universitarias Públicas Costarricenses, 2021, pp. 229-230.

2018 y la pandemia por COVID-19, no fueron impedimento para que Paola Carmiol Fernández y María del Mar Obando Boza fundaran una nueva editorial: Abecedaria Escritoras. De esta forma, en las últimas tres décadas las mujeres crearon dieciséis editoriales (un promedio de una empresa cada dos años), trece las establecieron como resultado de iniciativas individuales, dos como producto de la colaboración entre dos personas y una como culminación de un proceso de organización femenina que resultó en la creación de la Asociación Costarricense de Escritoras en el año 2000.

Al analizar las características de las dieciséis mujeres que fundaron editoriales en el período 1991-2020, se observan algunas tendencias comunes y especificidades relevantes en términos de nacionalidad, edad y estado civil. De ese total, catorce son costarricenses y dos extranjeras (una española y otra holandesa); cuatro crearon sus empresas cuando tenían entre 22 y 29 años; seis entre los 37 y los 49 años; y seis entre los 51 y los 72 años. Por último, seis estaban solteras cuando establecieron la casa editora (dos con hijos), cinco se encontraban casadas (una sin hijos), cuatro se habían divorciado (todas con hijos) y una ya había enviudado (también con hijos). Todas estas mujeres realizaron estudios superiores. Al momento de fundar la editorial, sólo tres no se habían graduado: dos en Derecho y una en una carrera que no se pudo determinar. Según sus profesiones principales, las trece restantes se distribuían de esta forma: cuatro filólogas, dos educadoras, dos periodistas, una ingeniera, una teatróloga, una abogada, una odontóloga y una filósofa. Para once de estas personas, establecer la editorial fue su primera incursión como empresarias; en contraste, dos eran dueñas de empresas ya existentes no relacionadas con la publicación de libros, y tres crearon sus casas editoras con el propósito de expandir o complementar emprendimientos previos: un establecimiento educativo privado para niños y jóvenes, una compañía dedicada a la promoción de la lectura y otra especializada en producir contenido digital escrito.

Cruzados los datos de educación y ocupación con los de estado civil y edad de las mujeres que fundaron las editoriales, resulta claro que la mayor parte de las empresas fueron establecidas por personas de mediana edad o mayores, que ya habían terminado sus carreras, por lo que su desempeño laboral previo pudo haberles permitido acumular los recursos suficientes para iniciar sus casas editoras. Además, la etapa más demandante de la crianza de sus hijos —en el caso de las que eran madres— había finalizado y el control que podía ejercer la pareja era nulo o mínimo, ya fuera porque permanecían solteras, divorciadas o viudas, o porque eran profesionales o personas económicamente independientes, en una fase avanzada de su matrimonio. De esas dieciséis mujeres, doce son escritoras y cuatro no lo son, dato que sugiere

que la fundación de la editorial estuvo fuertemente motivada por el interés de la mayoría de estas personas por dar a conocer sus propios escritos. En efecto, de las quince empresas que fundaron —se excluye el caso de la Asociación Costarricense de Escritoras—, en diez la propietaria se autpublicó, en algunos casos de manera esporádica (al coordinar una antología de textos) y en otros sistemáticamente. La frecuencia de esta práctica estuvo condicionada por la trayectoria previa: quienes antes de crear la casa editora habían tenido éxito en la comercialización de obras publicadas por otras editoriales, procuraron repetir esa experiencia al establecer las propias.

Según su línea de trabajo principal, las dieciséis editoriales fundadas por mujeres pueden clasificarse de esta manera: cuatro están especializadas en literatura, tres en literatura infantil y juvenil, tres en literatura femenina, dos en literatura y en estudios académicos, dos en la venta de servicios de publicación, una en dramaturgia y una en la reproducción de clásicos de la literatura universal (excepto esta última, las demás publican contenidos originales). Al considerar tal distribución comparativamente, resulta claro que el interés por las diversas expresiones literarias sobrepasó ampliamente a la identidad de género como denominador común de estas experiencias, un resultado explicable por la condición de escritoras de la mayoría de las propietarias.

En 2018, se publicaron en el país 2.150 libros y folletos con ISBN: 1.350 impresos y 799 electrónicos. Las diez casas editoras propiedad de mujeres que participaron en esa producción, aportaron 75 títulos (3,5 por ciento del total), 57 circularon en papel (4,2 por ciento) y 18 lo hicieron en forma electrónica (2,3 por ciento). Aunque según estos datos el promedio de publicación fue de 7,5 obras por editorial femenina, la distribución fue muy desigual: La Jirafa y Yo y Club de Libros, dedicadas a las obras infantiles y juveniles, concentraron 19 y 18 títulos respectivamente; Editorial Eva y Letra Maya, especializadas en textos literarios la primera y en libros académicos y de ficción la segunda, se ubicaron en una posición intermedia con 12 y 10 títulos cada una; y las seis empresas restantes contribuyeron con cinco títulos o menos. De esta forma, el ascenso en el número de casas editoras femeninas, que supuso una ruptura fundamental con el predominio masculino en la industria editorial, también comportó nuevas desigualdades. ☒

---

**Iván Molina Jiménez** (Costa Rica, 1961). Tiene una Maestría en Historia por la Universidad de Costa Rica, institución en la que se desempeña como catedrático en la Escuela de Historia y en el Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA). Es autor de numerosas publicaciones sobre la historia de América Central en general, y de Costa Rica en particular. Su último libro se titula *Cortar una espiga más. Estudios sobre Costa Rica en la época de la independencia* (San José, Editorial Costa Rica, 2021).